



CIELO DE OCTUBRE



Felices ~ SUEÑOS

TEXTO: O. L. B.

Ante *Cielo de octubre* (*October Sky*), filme que llega a nuestras pantallas este fin de semana, caben dos posturas: colocarse los anteojos de cinéfilo amargado y recriminar su mensaje moralista —ya se sabe, el sueño americano siempre acaba cumpliéndose— o disfrutar sin más de una digna y emocionante cinta que, para variar, no trata de descerebrado a su público potencial; esto es, los adolescentes que se ríen en la sala de al lado con *American Pie*.

Todo esto viene a cuento porque *Cielo de octubre* es, digámoslo ya, una película de buenos sentimientos. Como *Forrest Gump*, *Cuenta conmigo* o *El indomable Simon Birch*. Y para más inri, su acción se desarrolla en la América idealizada de los años cincuenta —por algo su banda sonora parece un remedo de *American Graffiti*—. Basada en una historia real, la cinta describe las peripecias de cuatro amigos obsesionados por hacer volar cohetes caseros ante la incomprensión de quienes les rodean. Son los años de la guerra fría y el Sputnik soviético lleva ventaja en la carrera espacial. Gracias a sus conocimientos de física y química, los artefactos cada vez llegarán más alto en el cielo de Coalwood, Virginia.

La peripecia argumental de *Cielo de octubre* no es sino una anécdota que

La peripecia de unos amigos por hacer volar cohetes caseros sirve de excusa para reflexionar sobre los buenos sentimientos

el director Joe Johnston (*Jumanji*) utiliza para hablar de temas como el paso a la madurez o la confianza en los propios sueños. Para los protagonistas, encarnados por cuatro chavales en estado de gracia, la buena marcha de su proyecto significa escapar de un futuro como minero en un villorrio que languidece, así como la posibilidad de entrar en la universidad.

Inspirada en la vida del ingeniero de la NASA Homer Hickam Jr, autor del libro autobiográfico *Rocket Boys*, *Cielo de octubre* ocupó durante una semana el primer puesto en la lista yanqui de películas más taquilleras, pese a no contar con estrellas en su reparto —salvo un breve papel a cargo de Laura Dern— ni abordar un tema lindante con el morbo o la violencia. Fue una recompensa fugaz como la estela de un cohete, para un largometraje formalmente impecable, tras cuya visión no cabe sino animarse a mirar el cielo estrellado.

El gusto por escenarios desolados, en los que las condiciones de vida son difíciles, también es otra característica de los filmes a competición. En *Desert Blue*, de Morgan J. Freeman, un villorrio de la América profunda es puesto en cuarentena cuando un camión derrama... el ingrediente secreto de la Coca-Cola. Por su parte, con tan sólo 25 tacos, el británico Justin Kerrigan muestra en *Human Traffic* qué se puede hacer en Cardiff los fines de semana: autoexiliarse en las discotecas a base de farmacopea. Su película, una de las más vistas en Inglaterra, ha sido calificada como el mejor acercamiento a la cultura de clubes realizado hasta la fecha.

La galería de desheredados que podrá contemplarse en la pantalla del Teatro Jovellanos no conoce fronteras. Esquizofrénicos que soportan padres tiránicos —*Julien*, de Harmony Korine, *enfant terrible* del cine yanqui—; *hooligans* que acaban entre serbios y croatas al equivocarse de avión —*Beautiful People*, de Jasmin Dizdar—; viudas a las que se les aparece San Judas Tadeo —*Santitos*, del realizador mexicano Alejandro Springall—; o mujeres que sueñan con convertirse en hombres —*Boys Don't Cry*, de

Kimberly Peirce— constituyen buena prueba de ello.

Conciertos paralelos

Esbilla es un término asturiano que significa selección. Y eso es lo que ofrece, precisamente, un ciclo paralelo que reúne perlas como *Forever Fever*, una película de Singapur que recrea el mundo de *Fiebre del sábado noche*. O *Eating, sleeping, waiting and playing*, que sigue al dúo de Versailles Air en su asalto a los escenarios anglofonos. O *Radiation*, de Michael Galinski y Suki Hawley, singular documento sobre el *indie rock* con los cameos de Stereolab, Palace o Come. El ciclo dedicado a los nuevos directores franceses y lo último de las pantallas mundiales en cuanto a temática infantil y juvenil son otros alicientes a tener en cuenta.

A la vasta oferta cinematográfica se suma en esta edición la posibilidad de asistir a sendos conciertos a cargo de los mismísimos Pretenders y del grupo local Nosotrash. Y es que Gijón, el festival con mayor número de gafas de pasta por metro cuadrado, añade estos días otros atractivos a sus bellezas naturales, incluida esa bebida de fácil deglución y doloroso despertar llamada sidra.

CRITICÓN

¿Te gusta criticar?
Escribe a esta dirección:
evasion@grupocorreo.es

LA MUJER MÁS FEA DEL MUNDO

El cutrerieo cañí, el cómic futurista, la crítica social, el *Glam* decadente y de boutique, el milenarismo de todo a cien, el circo engominado y el *freak power* han pasado por la turmix de Bardem JR para ofrecernos una enésima, pero original en su tratamiento, revisión del mito del Patito Feo. La ausencia de un auténtico factor sorpresa y de una narración algo más estilizada es compensada con un soberbio trabajo de actores (impagables secundarios), una inteligente mala uva, un impecable diseño de producción y unos momentos visuales soberbios. Lástima que, a veces, la película se regodee demasiado en su propio look.



Roberto Mier Portugete